

con la punta del venablo—sacaría un arador.
 Buscando iba á don Guádios,—á don Guádios el traidor.
 Allá le fuera á hallar—á piés del emperador,
 con una vara en la mano—que era su alguacil mayor.
 Siete veces lo pensaba—si le tiraría ó nó,
 y muy cerca de las ocho—el venablo le arrojó,
 y por dar á don Guádios—acertó al emperador.
 Pasóle el manto y la camisa,—en la carne no le entró :
 por la gracia de Dios padre—al emperador no mató;
 por un patin ensollado—palmo y medio le metió :
 cuanto una misa rezada—el venablo retembló (1).

(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98.)

44.

Romance de las señas del esposo.

«Caballero de lejas tierras—llegaos acá y veréis :
 hinquédes la lanza en tierra,—vuestro caballo arrendéis :
 preguntaros he por nuevas,—si mi marido conocéis.»—
 —«Vuestro marido, señora,—decid de qué señas es.»—
 —«Mi marido es blanco y mozo,—gentil-hombre y bien cor-
 muy gran jugador de tablas—y aun tambien del ajedrez. [tés,
 En el pomo de su espada—armas trae de un marqués,
 y un ropón de brocado,—y de carmesí el corvés :
 cabo el fierro de la lanza—trae un pendón portugués,
 que lo ganó á las tablas—á un buen conde francés.»

(1) Es una variante del núm. 150 de la *Primavera*. El final difiere del todo. Parece remendado por alguien que no recordaba íntegro el romance, y le acabó de cualquier modo. La comparación de la *misa rezada*, que aquí es absurda, está tomada del segundo romance de D. Tristán (146, a), donde es graciosa, aunque irreverente.

—«Por esas señas, señora,—su marido muerto es :
 en Valencia le mataron—en casa de un ginovés;
 sobre el juego de las tablas—lo matara un milanés;
 muchas damas lo lloraban,—caballeros y un marqués.
 Sobre todos lo lloraba—la hija del ginovés :
 todos dicen á una voz—que su enamorada es.
 Si habeis de tomar amores,—por otro á mí no dejéis.»
 —«No me lo mandeis, señor,—señor, no me lo mandeis;
 que antes que eso hiciese—señor, monja me veréis.»
 —«No os metais monja, señora,—pues que havello no podeis;
 que vuestro marido amado—delante de vos lo teneis» (1).

(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98-99.)

45.

Romance de don Tristán.

Mal se queja don Tristán,—que la muerte le aquejaba.
 Preguntando por Iséó—de los sus ojos lloraba :
 «¿Qué es de tí, la mi señora?—Mala sea tu tar danza;
 que si mis ojos te viesen,—sanaría esta mi llaga.»
 Él este llanto haciendo,—y la reyna que llegaba :
 «Quien os hirió, mi señor,—herida tenga de rabia.»
 «Hirióme el rey mi tío—de aquesta cruel lanzada,
 hirióme desde una torre—que de cerca no osaba.»
 Juntóse boca con boca—allí se salía el alma.

(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 99.)

(1) Está ya en la *Primavera* con el núm. 153, pero no habiendo podido ver Wolf el pliego suelto de Juan de Ribera donde este romance se contiene, tuvo que fiarse del *Romancero* de Durán, que enmendó el texto, según su costumbre. Aquí le reproducimos conforme á la copia de Gallardo. Las principales variantes van marcadas con letra bastardilla.

46.

Romance de Gerineldo.

«Quando vos nascistes, hijo,—triste no dormía yo,
 quando murió vuestro padre—á mí vos encomendó
 que mirase por vuestra honra—y os pusiese con señor.
 Pusiera os yo con el rey—no hallando otro mejor.
 Vos, hijo de mal mirado—hecistes la traición,
 que dormistes con la infanta—hija de vuestro señor :
 sentenciado estais á muerte—por ello con gran razón,
 que cualquiera que tal haze—meresce por galardón
 que le corten la cabeza—sin ninguna dilación :
 ya pues lo habeis hecho, amigo,—encomienda os á Dios
 que perdone vuestras culpas—y perdone vuestro error.»—
 —«No hayáis lástima, señora,—no hayáis lástima, nó :
 que en morir por tal infanta—con muy grande gozo vó,
 antes vive que no muere—quien por tal caso murió.»
 La infanta que lo ha sabido—á su padre se volvió,
 las rodillas por el suelo—desta suerte le habló :
 «Merced os pido, el rey,—mercedes os pido yo,
 que me dedes por marido—al que matais por traydor,
 si no quereis que yo muera—antes que el que es mi señor.»
 El rey que aquello oyera—muy bueno le pareció,
 despósanlos luego á entrambos—con muy gran plazer y ho-
 [nor.]

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 18 vuelto. Es el primero de los *Romances de hystorias*. No lleva título en la *Silva*, pero le ha puesto el de *Gerineldo*, por su patente analogía con los romances en que éste figura como protagonista.)

47.

Romance de Galiarda.

Misa se dize en Roma—en el altar de Santiago,
 por la puerta del Perdón—gran caballería ha entrado,
 entran duques, entran condes,—señores de grande estado;
 entraba el conde de Lemos—con un doncel de la mano;
 desde lo vió Galiarda—con los guantes le ha llamado,
 de rodillas por el suelo—prestó iba á su mandado. [do?]
 —«¿Qué me queréis, mi señora,—¿para qué me habeis llama-
 —«Que me llevases, Florencios,—que me lleves de la mano.»
 —«Pláceme, dixo, señora,—pláceme, dixo, de grado;
 que en llevaros yo, señora,—yo soy el que en ello gano;
 ternéme por muy dichoso—y por bienaventurado.»
 Andando por el camino—en amores van hablando.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 55 recto. Antecede á los otros dos romances de *Galiarda*, que tienen en la *Primavera* los núms. 138 y 139.)

48.

Romance de doña Ginebra.

Cabalga doña Ginebra—y de Cordoba la rica
 con trecientos caballeros—que van en su compañía;
 el tiempo hace tempestuoso,—el cielo se escurecía,
 con la niebla que hace oscura—á todos perdido había,
 sino fuera á su sobrino—que de riendas la traía;
 como no viera á ninguno,—desta suerte le decía :
 —«Toquedes vos, mi sobrino,—vuestra dorada bocina
 porque lo oyesen los míos—que estaban en la montaña »
 —«De tocalla, mi señora,—de tocar si tocaría,
 mas el frío hace grande,—las manos se me helarían,

y ellos están tan lejos—que nada aprovecharía.
 —«Meteldas vos, mi sobrino,—so faldas de mi camisa,»
 —«Eso tal no haré, señora,—que haría descortesía,
 porque vengo yo muy frío—y á vuestra merced helaría.»
 —«Deso no cureis, señor,—que yo me lo sufriría,
 quien callentar tales manos—cualquier cosa se zufría» (¿su-
 El desque vió el aparejo—las sus manos le metía, [friría?]
 pellizcárale en el muslo—y ella reido se había:
 Apearonse en un valle—que allí cerca parecía,
 solos estaban los dos,—no tienen más compañía,
 como veen el aparejo—mucho holgado se habían.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 20 recto.)

49.

Romance de la reina de Irlanda.

Cartas van por todo el mundo—dolorosas de contar,
 por la reina de Irlanda—que la quieren degollar;
 su marido el rey lo manda,—que le fueran á informar
 de una mala sospecha—que le osaran levantar,
 y es que habló con un infante—en sospechoso lugar;
 dos años le dan de plazo,—quién la quiera defender;
 el uno ya es pasado—y el otro para acabar;
 ruegan por ella los grandes—cuantos en la corte están,
 y ruegan santas personas,—nada puede aprovechar,
 porque es dada la sentencia,—no se puede revocar;
 ya hacen el cadahalso—donde la han de degollar,
 cubierto de paños negros,—que es dolor de lo mirar;
 ya sacan la triste reina—toda llena de pesar,
 y con ella treinta damas—que no cesan de llorar;
 volvióse la triste reina—para las aconsolar:
 «No lloréis hijas, y hermanas,—no queráis tanto llorar,
 que la culpa es de dolerse—y el pecado es de llorar.

No me pesa de mi muerte—como sea natural,
 mas pésame que sin culpa—el rey me mandá matar.
 Oh mundo desventurado,—nadie en tí debe fiar,
 que el que más subido tienes—gran caída le haces dar.»
 En decir éstas palabras—toda se fué á desmayar
 porque vió el cadahalso—do habían de degollar;
 las rodillas por el suelo—empezó de gritos dar,
 palabras está diciendo,—que á todos pone pesar:
 «Oh Santa María señora,—no me queráis olvidar,
 en este paso de muerte—esfuerzo me queráis dar,
 y ruega por mis pecados—á tu hijo singular,
 pues que yo muero sin culpa—milagro queráis mostrar.»
 Y diciendo estas palabras—una voz oyó gritar,
 y es de un fraile francisco—que viene sin mas tardar
 diciendo: «No muera, tate,—que la quiero confesar.»
 En oyendo el rey aquesto—á todos manda apartar,
 hizo que se confesase,—absolución le fuera á dar,
 hace como quien se vuelve—á prisa y á mas andar,
 quitóse los sus vestidos,—d'un arnés se fué armar,
 cabalgó en un caballo,—rucio era y no alazán,
 tomó gruesa lanza en mano—para haber de pelear,
 dió de espuelas al caballo,—corriendo sin más parar;
 llegó do estaba la reina—y la fué mucho á esforzar,
 diciéndole que no tema,—que la viene á defender,
 porque ha oído decir—que aquesto es gran maldad;
 fuése á do estaba el rey,—campo le fué á demandar,
 que saliesen los falsarios—para con él pelear;
 el rey mandó hacer un pregón—para haber de asegurar
 las personas y las vidas,—pues la han de defender;
 vase el uno contra el otro—para haber de pelear;
 á los primeros encuentros—el uno en tierra está
 y el otro le dió á huir,—y á merced le fué á tomar.
 Díólos en poder del rey—que los mande castigar,
 y el rey que aquesto viera—todo espantado se ha,
 diciendo que el caballero—en fuerzas no tiene par.
 Demandóle de merced—se quiera manifestar;

respondióle el caballero :—«Yo cumpliré vuestro mandar.»
Y así vido el señor rey—ser hombre muy principal
y que era hombre de salva—y de nación catalán.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 120 recto) (1).

(1) El asunto de este romance es muy análogo al de la libertad de la emperatriz de Alemania por el conde de Barcelona, núm. 162 de la *Primavera*.

ROMANCES DEL CICLO CAROLINGIO.

50.

Romance del rey Marsin.

Ya comienzan los franceses—con los moros pelear,
y los moros eran tantos—no los dexan resollar.
Allí habló Baldovinos,—bien oiréis lo que dirá :
—«Ay compadre don Beltran—mal nos va en esta batalla;
mas de sed que no de hambre—á Dios quiero yo dar el al-
cansado traigo el caballo—más el brazo del espada; [ma,
roguemos á don Roldan—que una vez el cuerno taña,
oir lo ha el emperador—qu' está en los puertos d' España,
que más vale su socorro—que toda nuestra sonada »
Oido lo ha don Roldan—en las batallas do estaba :
—«No me lo rogueis, mis primos—que ya rogado m' estava,
mas rogaldo á don Renaldos—que á mí no me lo retraiga,
ni me lo retraiga en villa—ni me lo retraiga en Francia,
ni en cortes del emperador—estando comiendo á la tabla,
qué más querría ser muerto—que sufrir tal sobarbada.»
Oido lo ha don Renaldo—que en las batallas andaba,
comenzara á decir—estas palabras hablaba :
—«Oh mal oviesen franceses—de Francia la natural,
que á tan pocos moros como estos—el cuerno mandan tocar,
que si me toman los corajes—que me solian tomar,
por estos y otros tantos—no me daré solo un pan.»
Ya le toman los corajes—que le solian tomar;
asi se entra por los moros—como segador por pan,
asi derriba cabezas—como peras de un peral;
por Roncesvalles arriba—los moros huyendo van;
alli salió un perro moro—que mala hora lo parió su madre :
—«Alcaria (*sic*), moros, alcaria—si mala rabia vos mate,
que sois ciento para uno—irles fuyendo delante;
¡oh mal haya el rey Marsin—que soldada os manda dare;

mal haya la reina mora—que vos la manda pagare;
 mal hayais vosotros, moros—que la venís á ganare.»
 De que esto oyeron los moros—aun ellos volvido han,
 y vueltas y revueltas—los franceses fuyendo van :
 Á tan bien se los esfuerza—ese arzobispo Turpin :
 —«Vuelta, vuelta, los franceses—con corazon á la lid;
 mas vale morir con honra—que con deshonra vivir.»
 Ya volvian los franceses—con corazon á la lid,
 tantos matan de los moros—que no se puede decir;
 por Ronces Valles arriba—fuyendo va el rey Marsin,
 caballero en una cebrá—no por mengua de rocin;
 la sangre que dél salía—las yerbas hace teñir,
 las voces que él iba dando—al cielo quieren subir :
 —«Reniego de ti, Mahoma,—y aun de cuanto hice en ti;
 hícete el cuerpo de plata,—pies y manos de marfil,
 y por más te honrar, Mahoma,—la cabeza de oro te hiz;
 sesenta mil caballeros—ofrecilos yo á ti,
 mi mujer Abrayma mora—ofrecióte treinta mil,
 mi hija Mataladona—ofrecióte quince mil,
 de todos estos, Mahoma—tan solo me veo aquí,
 y aun mi brazo derecho,—Mahoma, no lo trayo aquí,
 cortómelo el encantado—ese Roldan paladin,
 que si encantado no fuera—no se me fuera él así;
 mas yo me iré para Roma—que cristiano quiero morir,
 ese será mi padrino—ese Roldan paladin,
 ese me baptizará,—ese arzobispo Turpin;
 mas perdóname, Mahoma—que con cuita te lo dixé,
 que ir no quiero á Roma—curar quiero yo de mí» (1).

(Aquí comienzan dos maneras de glosas. Y esta primera es de las lamentaciones que dicen «Salgan las palabras mías.» E otra glosa á un villancico que dicen «Las tristes lágrimas mías»: hecho por Pedro de Tiranante. E otras coplas que dicen: «Si en las sierras do nací.» E otras que dicen: «No me sirvais, caballero.» E otras de la Madalena. E un romance del rey Marsin. Pliego suelto gótico de la Biblioteca Nacional.)

(1) De este importantísimo romance, desconocido hasta hoy, según creemos, sólo figuraba en las colecciones el fragmento que tiene en la *Primavera* el núm. 183.

51.

Romance de Valdovinos.

Por los caños de Carmona,—por do va el agua á Sevilla,
 por ahí iba Valdovinos—y con él su linda amiga.
 Los pies lleva por el agua—y la mano en la loriga,
 con el temor de los moros—no le tuviesen espía.
 Júntanse boca con boca,—nadie no los (?) impedía.
 Valdovinos con angustia—un suspiro dado había :
 —«¿Por qué suspirais, señor,—corazón y vida mía?
 Ó tenéis miedo á los moros—ó en Francia teneis amiga.»
 —«No tengo miedo á los moros—ni en Francia tengo amiga:
 mas vos, mora, y yo cristiano—hacemos muy mala vida :
 comemos la carne en viernes,—lo que mi ley defendía.
 Siete años había, siete—que yo misa no la oía.
 Si el emperador lo sabe—la vida me costaría.»
 —«Por tus amores, Valdovinos,—cristiana me tornaría.»
 —«Yo, señora, por los vuestros—moro de la morería» (1).

(Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98.)

(1) Es una variante curiosisima del 169 de la *Primavera* :
 Tan claro hace la luna—como el sol á mediodía.

En el texto del *Cancionero de Romances* seguido por Wolf y Hofmann, no se encuentra rastro del último verso, y acaba el romance con la promesa que hace la mora de volverse cristiana.

Hubo otra versión de este romance, de la cual quedan algunos versos en el *Libro de música de vihuela de mano* de Luis Milán (Valencia, 1535) :

«¡Sospirastes, Valdovinos
 la cosa que más quería?
 Ó teneis miedo á los moros
 ó en Francia teneis amiga.»
 —«No tengo miedo á los moros
 ni en Francia tengo amiga,
 mas tú mora y yo cristiano
 hacemos muy mala vida.

Si te vas conmigo en Francia
 todo nos será alegría,
 haré justas y torneos
 por servirte cada día,
 y serás la flor del mundo
 de mejor caballería;
 yo seré tu caballero,
 tú serás mi linda amiga.»

52.

Romances de Durandarte.—I.

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña (1),
 un canto por cabecera—debajo una verde haya;
 todas las aves del monte—alrededor le acompañan;
 llorábale Montesinos—que á su muerte se hallara,
 hecha le tiene la fuesa—en una peñosa cava;
 quitándole estaba el yelmo,—desciñéndole la espada,
 desarmábale los pechos,—el corazón le sacaba,
 para enviarlo (2) á Belerma—como él se lo rogara,
 y desque le hubo sacado—su rostro al suyo juntaba,
 tan agramente llorando—mil veces se desmayaba (3),
 y desque volvió en sí—estas palabras hablaba:
 «Durandarte, Durandarte,—Dios perdone la tu alma,
 y á mí saque deste mundo—para que contigo vaya.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 117 vuelto. — *Cancioneiro d'Évora publié... par Victor Eugène Hardung*, Lisboa, 1875, pág. 71.)

53.

Romances de Durandarte.—II.

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña:
 en sus brazos le tenía—Montesinos que lloraba.
 Con lágrimas de sus ojos—las heridas le bañaba;
 con la daga de su cinta—el corazón le sacaba,
 para llevar á Belerma—como él se lo mandara.
 Con sospiros rompe el cielo,—con sollozos reventaba,

(1) Una alta montaña. (*Cancionero de Évora*.)

(2) Para enviárselo.

(3) Estos dos versos difieren enteramente en el manuscrito de Évora:

Y estando se lo sacando
 mil veces se desmayaba,

| y despues de vuelto en si
 desta manera le habla.

las palabras que decía—á las piedras blandaba.
 «La muerte que os llevó, primo,—¿por qué á mí vivo dejara?
 Pues fuimos uno viviendo,—¿cómo el morir nos aparta?
 ¿Cómo pudo el hierro entrar—donde error nunca entrara?
 ¿Cómo cuerpo tan leal—el fierro matar le basta?
 Corazón que nunca erró,—¿cómo con fierro se saca?
 Mandástelo vos, mi primo,—que fué la postrera manda,
 mas yo en pensallo hacer—el corazón me desmaya;
 mas tengo de obedecer—aunque mi esfuerzo no basta.»
 Estas palabras diciendo—el corazón se desmaya.
 Allegara un escudero—que Durandarte criara;
 como le vido Montesinos—desta manera hablara:
 «Por Dios te ruego, escudero,—por la fe que en tí se guarda,
 con este que te crió—que en mis brazos muerto estaba,
 en la postrimera hora—una manda me mandara,
 tú la ayudes á cumplir,—porque mi esfuerzo no basta.
 De la sangre que he perdido—toda la fuerza me falta.
 Sácale su corazón—y llévale á quien amaba;
 pues tú sabes sus secretos,—de tí solo se fiaba:
 díle que en su testamento—restituir se lo manda,
 pues que siempre fuera suyo—mientras el triste tuvo alma.»
 El escudero llorando—su mandado efectuara.
 Ya desmaya Montesinos—y á Dios quiere dar el alma;
 mas el dolor de su primo—aquel que sus llagas causaba:
 «Á Dios, dice el escudero:—dí á Belerma que aquí estaba
 Durandarte y Montesinos,—que en servilla no cansaba,
 Durandarte por ser suyo,—yo por saber que la amaba» (1).

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 95.)

(1) Es una refundición semi-artística del
Muerto yace Durandarte (núm. 182 de la *Primavera*).

Hubo alguna otra versión del mismo tema.

En un pliego suelto de Argüello se cita, entre otros romances y villancicos viejos, uno que empezaba:

Muerto queda Durandarte
 al pié de aquella montaña,

| tan malas lanzadas tiene
 que le atraviesan el alma.

54.

Romance de don Belárdos.

El cielo estaba nubloso,—el sol eclipse tenía,
cuando el conde don Belárdos—de la batalla salía,
treinta caballos de diestro—que en ella ganado había,
el quinto da al emperador—que de derecho le venía,
de los otros el mejor—para sí se lo escogía.
El emperador muy triste—de esta suerte le decía :
«Trocaríamos mi sobrino—ganancia por la perdida,
si viniese Baldovinos:—por aquí no parecía,
volveldo vos á buscar—por la parte que os cabía.»
—«¿Cómo volveré, señor,—que hablar no me quería
por un neblí muypreciado—que me dió la infanta Sevilla?
Mas si á mi me dió el neblí—á ella le dió una sortija.
La propiedad del neblí—es que caza no se le iba,
la gracia de la sortija—es de muy mayor valía,
que á ferida que tocase—luego se restañaría.
Mas en todo esto, mi tío,—quiero hacer lo que debía.»
Ya cabalga don Belárdos,—á buscar se lo volvía;
por el camino que ía—vee venir caballería.
En hombros de caballeros—todos de espada guarnida,
viene herido Baldovinos—de una muy mala herida,
cubiertas vienen las andas—de la hoja de la oliva,
encima de un paño negro—y una letra genovisca.
Baldovinos con pasión—de aquesta suerte decía :
—«Apéadme, caballeros,—en este trébol florida,
descansarédes vosotros—pacerán vuestros rocinos,
menearme me hían los vientos—de Francia do fui nascido.
¿Si se acordará mi madre—de un hijo que había parido?
¿Si se acordará Sevilla—de Baldovinos su amigo?»
Diziendo estas palabras—delante se le ha venido :
—«Baldovinos, Baldovinos,—corazon y alma mía,

nunca holgastes conmigo—sino una noche y un día;
sépaló el emperador,—que de vos quedo yo en cinta.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 21 recto.)

55.

Romance del conde Cláros.

—Pésame de vos, el conde—porque vos mandan matar;
pues el yerro que hecistes—no fué mucho de culpar,
que los yerros por amores—dignos son de perdonar.
Yo rogué por vos al rey—que vos mandase soltar,
mas el rey con gran enojo—no me lo quiso escuchar:
díjome que no rogase,—que no se puede escusar;
la sentencia es ya dada,—no se puede revocar,
que dormistes con la infanta—que habiades de guardar.
El cadahalso está hecho—donde os han de degollar :
mas os valiera, sobrino,—de las damas no curar;
que quien mas las damas sirve,—tal merced debe esperar,
que de muerto ó perdido—ninguno puede escapar.
—Tales palabras, mi tío,—no las puedo soportar;
mas quiero morir por ellas—que vevir sin las mirar.
Quien á mí bien me quisiere,—no cure de me llorar,
que no muero por traidor—nin por los dados jugar;
muero yo por mi señora,—que no me puede penar,
pues el yerro que yo fice—no fué mucho de culpar (1).

(Barbieri, *Cañonero Musical de los siglos xv y xvi*, núm. 329.)

(1) Es el más antiguo texto conocido de un fragmento del *Conde Cláros*. Fué puesto en música por Juan del Enzina.

56.

Romance del conde Claros.

Dormiendo está el conde Cláros—la siesta por descansar,
 porque la noche pasada—no la pudo reposar,
 dando vueltas en la cama—del secreto desear,
 suspiros no le dejaban—congoja no le da lugar,
 por amores de la infanta—su señora natural.
 Da voces al camarero—que se quiera levantar :
 vístese un jubon chapado—que no se puede estimar,
 y de oro de martillo—un mote muy de notar
 en el brazo, que decía :—«¡Gran dolor es desear!»
 Unas calzas bigarradas—con perlas ricas sin par,
 el mote dellas decía :—«No tiene precio mi mal.»
 Unos zapatos franceses—de un carmesí singular,
 con unas letras de oro—relumbran como cristal.
 El mote dellas decía :—«Estas arden sin quemar.»
 Una ropa rozagante,—encima un rico collar,
 con un mote que decía :—«¡Es mi dolor sin igual!»
 Una gorra en la cabeza—que bien vale una ciudad;
 con tres *ics* coronadas—dice el mote á mi pensar :
 «¡Es tan alto mi deseo—que no hay mas que desear!»
 Y doce mozos d'espuelas—para le acompañar,
 vestidos de los colores—d'aquella dama real.
 Los jubones de morado,—sayos de desesperar,
 todas las mangas derechas—las hizo el conde broslar
 con unas matas de ruda,—que querían ya granar;
 el mote d'ellas decía :—«¡Mas amarga el esperar!»
 Cabalga en una hacanea—la cual hizo ataviar
 de una guarnición muy rica,—y las riendas, y el petral
 lleno de unas campanillas—de oro y no de metal,
 y unas lágrimas sembradas—y el mote para notar :
 «Sin doleros vos, señora,—nada se puede acabar.»
 Vase para los palacios—donde la infanta está.

La infanta estaba sola—en su cámara real,
 deseando ver al conde—para poderle avisar.
 Con un brial de oro tirado,—que no lo podía llevar,
 bordado de claras boyas—y de delfines del mar,
 y un mote de letras de oro—que decía en el brial :
 «Anuncian claras señales—mi gloria poco durar.»
 Un carbunco en la cabeza—de precio sin tener par,
 con un mote que decía :—«¿Qu'es el precio en tal lugar?»
 Y un mote de diamantes—que decía en un collar :
 «Ante vos, piedras preciosas—son arenas de la mar.»
 Llamara el conde á la puerta;—abriérala sin tardar :
 dió consigo de rodillas—por las manos le besar.
 Dijole :—Levantáos, conde,—que n'os las tengo de dar;
 pues amor os dió ventura,—sabadla vos bien gozar.
 Yo he sabido de la reina,—qu'el rey vos manda matar,
 pues tovistes osadía—de amar en tal lugar.—
 Respondió el conde : «Señora,—¿quién á mi osará llegar,
 siendo yo favorecido—de vuestra alteza real?
 ¡Mirad qué desdicha de conde—no tener quien le avisar!
 Qu'entrara el rey tan á paso—que le pudo saltar.»
 Dijo el rey con grande enojo :—«Conde, conde, este lugar
 llámase *noli me tangere*,—el cual la vida suele costar :
 mas por vuestro atrevimiento—y'os haré tal pena dar
 cual se da á aquellos que ofenden—á nuestra corona real.»—
 Y respondió el conde : «Señor,—vine por vos suplicar,
 me diédes mis condados—que me querían casar.»
 —«Esas excusas, el conde,—no son para os desculpar,
 que si algo tenía vuestro—n'os lo había de tomar.»—
 Volvióse para su hija—dijo : «Hija, ¿este pesar
 me teniades guardado—para me desconsolar?»
 Mandara secretamente—al conde en hierros echar.
 Mandó llamar á su consejo—en su cámara real :
 como con rey y con reina—hácenle mal sentenciar :
 dieron por sentencia al conde—que le hayan de degollar.
 En el patio del palacio—un cadahalso mandó armar,
 todo cubierto de negro—y hachas del mismo metal.

Otro día en la mañana—sácanlo á degollar
 al conde, entre dos obispos—y su tío el cardenal.
 Tras él iban sus parientes—lentos de luto y pesar :
 delante iban los galanes—dando voces á la par.
 —«Más envidia os hemos, conde,—que mancilla ni pesar,
 porque tal muerte como esta—por vida se ha de contar.»
 Tras ellos iban las damas—diciendo: «Galanes, llorad,
 que su muerte es la disculpa—con que os hemos de pagar.»
 En llegando al cadahalso—adonde el buen rey está,
 las trompetas bastardas—comenzaron á sonar
 un triste son dolorido—que á todos hace llorar.
 Luego los reyes de armas—comienzan de pregonar :
 «Caballeros y galanes,—que de amor quereis tratar,
 de las hijas de los reyes—os debeis mucho apartar,
 que la muerte del conde Claros—os debe de escarmentar.»
 Así hablara el conde :—«Tambien habeis de publicar
 que lo mucho con lo poco—mal se puede galardonar.»
 Tómanlo los dos verdugos,—y hiciéronlo arrodillar :
 con cuchillo de crueza—lo fueron á degollar.
 Mandó el rey muy crudamente—el su corazón sacar,
 y entre dos platos de oro—á la infanta empresentar.
 Llevara el paje los platos—no cesando de llorar :
 tomaráseles la infanta,—hízolos descobijar.
 Desde que vido el corazón—empezóse de alterar.
 Dijole : «Mi corazón,—¿quién os pudo así parar?
 Si supiera vuestra muerte—triste, yo vos fuera ayudar.»
 Allí viniera la reina—por podella consolar.
 —«Callede, hija, callede,—no querades mas llorar,
 que aunque al buen conde perdiste,—mejor os entiendo casar,
 hombres hay en las mis cortes—que con vos pueden casar.»
 Dijole : «Madre y señora,—no me querais consolar,
 qu'el marido que tenía—vos lo habeis hecho matar.»
 Tantas daba de las voces,—maravilla es de mirar.
 Trastornósele el sentido—y el corazón de pesar.
 —¿Qu'es de tí, el mi conde Claros?—¿Adónde te iré á buscar?
 ¿Qué son de tus atavios?—¿Qué se hizo tu triunfar?

¿Qué fué de las invenciones—qué fué del dulce trovar?
 ¿Qué fueron de los torneos—y justas que ibas á armar?»
 Tantas lágrimas vertía,—que hobo de reventar.
 El rey á los dos amantes—juntos los mandó enterrar
 en una rica sepultura—y de oro esmaltar,
 con un mote que decía :—«Ventura no dió lugar» (1).

(Romance del conde Claros, nuevamente trobado por otra manera. Fecho por Antón Pansac, andaluz. Pliego suelto de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional.—Gallardo, Ensayo, III, 1078-1082.—Durán, Romancero, núm. 363. Este último hizo bastantes enmiendas, y modernizó el texto, según su costumbre. Salvá (núm. 85 de su Catálogo) poseyó otra edición más antigua que la que lleva el nombre de Pansac: Romance del conde Claros nuevamente trobado por otra manera, fecho por Juan de Búrgos.)

57.

Romance de Gayferos.

Si d' amor pena sentís,—por mesura y por bondat,
 caballero, si á Francia is,—por Gayferos preguntad,
 y decilde que su amiga—se le envia á encomendar.
 Que sus justas y torneos—bien lo supimos acá,
 qu' él salió más gentilhombre—para á las damas loar.
 Decilde por nueva cierta—como me quieren casar;
 mañana hago mis bodas—con uno d' allende el mar (2).

(Barbieri, Cancionero Musical de los siglos xv y xvi, núm. 323.)

(1) Es romance juglaresco, que quizá excluyó Wolf por tener nombre de autor, puesto que en un pliego suelto se atribuye á Antonio de Pansac y en otro á Juan de Búrgos, los cuales probablemente serían meros refundidores. El romance, por otra parte, como casi todos los de su clase, es una taracea de otros anteriores, y aun puede considerarse como una refundición del 192 de la *Primavera*, pero ofrece la importante novedad de introducir una catástrofe semejante á las leyendas de Cabestanh y de la dama de Fayel. Los últimos versos del romance parecen reminiscencia de un paso muy sabido de las coplas de Jorje Manrique.

(2) Es un fragmento, con variantes, de *Asentado está Gayferos*.

ROMANCES DE ASUNTO BÍBLICO

58.

**Romance viejo de como Matatías llora
la destrucción de Jerusalén.**

«¡Ay de mí dice el buen padre,—á cinco hijos que tenía:
¿Por qué viví tanto tiempo—que alcanzase aqueste día?
Que viera la ciudad santa,—con dolor del alma mía,
en poder del enemigo—que piedad no tenía,
de matar vieios y mozos —y robar cuanto podía;
compeliendo á sacrificio —á la su idolatría.
Por su mal se levantó —el que adorarle quería,
que por su mano murió —sobre el ara do yacía.»

(Libro de música de vihuela intitulado *Silva de Sirenas...* compuesto por Enriquez de Valderrábano...
Valladolid, 1547.)

59.

**Otro romance viejo, de como el profeta
Elias huyó por el desierto, porque le que-
ría matar Jezabél.**

Adormido se ha el buen vieio—del cansancio que traía,
á la sombra de un enebro—que otro árbol no le había,
rogando á Dios que le mate—y le saque desta vida,
pues llevó á tantos buenos—que le hacían compañía.
Él, que estaba ya dormido,—oyó una voz que decía:
«Levántate y come luego—deste pan que te traía.»
Apenas hobo comido—que otra vez se adormescía,
y luego le despertó —el ángel que era su guía.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas*)

57.

**Otro romance viejo ó historia de Judich,
cuando siendo viuda degolló á Holofer-
nes.**

En la ciudad de Betulia,—Judich quiso dejar
el luto que había guardado,—del contino sospirar.
Vestida muy ricamente,—que era gloria de mirar,
pártese para la hueste —para á Holofernes hablar:
«Si te pluguiese, Holofernes —me quisieses escuchar.»
—«Mas suplicote, señora —conmigo quieras cenar.»
Holofernes fué tan ciego,—que se quiso embriagar.
Grande esfuerzo fué á Judich,—pues le pudo degollar,
á aquel que puesto tenía —el ejército sin par;
y fué causa la su muerte —se hobiese de retirar.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas.*) (1)

(1) Sólo por estar calificados de *viejos* en un libro que lo es bastante, puesto que data de 1547, se ponen aquí estos tres romances, á pesar de haber excluido Wolf de su colección todos los de asunto bíblico.

Además de los romances viejos que en esta colección van recogidos, y de los que han dejado vestigios en las comedias, y de los que persisten todavía, más ó menos degenerados, en la tradición oral, hubo otros muchos, de algunos de los cuales quedan rastros en varias partes, y que quizá parezcan el día menos pensado. Anotaremos algunas referencias.

Antonio de Nebrija, en su *Arte de la lengua Castellana* (1492, cap. V), cita tres versos de un romance de Lanzarote, idénticos por el sentido á otros del núm. 147 de la *Primavera*, pero que corresponden á una variante distinta, por ser diverso el asonante: «Nuestros mayores (dice Nebrija) no eran tan ambiciosos en tassar los consonantes, é harto les parecía que bastaba la semejanza de las vocales aunque no se consiguiese la de las consonantes. E así fazían consonar «santa, morada, alva.» Como en aquel romance:

Digas tú buen hermitaño
que hazes la vida santa,
aquel ciervo del pie blanco

donde haze su morada?
—Por aquí pasó esta noche
una hora antes del alva.

En el cap. VIII cita el romance actual, calificándole de *antiguo*:

«Digas tú buen hermitaño
que hazes la santa vida,

¡aquel ciervo del pie blanco
dónde hace su manida?»

En la famosa obra de Francisco de Salinas (*De Musica libri septem*, Salamanca, 1577), he notado los siguientes principios de romances (acompañados de su notación), y quizá se me hayan pasado algunos:

Á caballo va Bernardo... (P. 307).

En la ciudad de Toledo
donde los hidalgos son (P. 309).
¿Dónde son estas serranas?

del pinar de Ávila son (333).
Yo me iba mi madre
á Villareale (397).

De romances conocidos he encontrado estas menciones:

Los brazos traigo cansados
de los muertos rodear (384)
Conde Claros con amores

no podía reposar (346).
Retrayda esta la infanta
bien así como solía (346).

Llama *antiquissimus et simplicissimus* al tono de los romances.

En el *Libro de música de vihuela de mano, intitulado El Maestro* de Luis Milán (Valencia, 1535), hay un fragmento que completa y modifica el núm. 125 de la *Primavera*:

Con pavor recordó el moro
y empezó de gritos dar:
mis arreos son las armas
mi descanso es pelear.

mi cama las duras peñas
mi dormir siempre velar,
mis vestidos son pesares
que no se pueden rasgar.

En Fuenllana, *Libro de música para vihuela, intitulado Orphenica Iyra* (Sevilla, 1554) se lee este comienzo de romance, que es variante del 74 de la *Primavera*:

De Antequera sale el moro,
de Antequera se salía,

cartas llevaba en su mano,
cartas de mensajería.

En la colección de pliegos sueltos de la Biblioteca de Praga, que dió á conocer Wolf, hay una *Ensalada de muchos romances viejos y cantarillos*, entre los cuales figuran los siguientes, no conocidos hasta ahora (aunque sí, á veces, otros análogos), debiendo advertirse que no siempre se designaban los romances por el primer verso, sino también á veces por el más conocido:

En Troya entran los griegos
tres y tres y cuatro á cuatro...
¿Qué me distes, Moriana?
¿Qué me distes en el vino?...
Cuando el conde don Julian
pasó de la Berbería...
Yo me estando en un vergel
cogiendo rosas y flores...
En Castilla no había rey,
ni menos gobernador...
A caza va el rey don Bueso
por los montes á cazar...
Por el juego de los dados
siempre se revuelve mal...

Moricos de Colomera
con los moros de Granada...
Pregonadas son las cortes
en los reinos comarcanos...
Alégrate, gran Sevilla
flor de todas las ciudades...
La mujer de Arnaldos
cuando en misa entró...
Ya se sale Melisendra
de los baños de bañar...
Dígame tú, el ruiñeñor
que haces la triste vida...
En Valencia está el buen Cid
en esa iglesia mayor...

APÉNDICE II

Romances que se han conservado
por medio del teatro.

El teatro español, heredero de las tradiciones de nuestra poesía heroica, no sólo les dió nueva forma, sino que contribuyó á su conservación y difusión intercalando en el diálogo de las comedias largos fragmentos y aun romances enteros de origen popular. La mayor parte de estos romances son los mismos que se hallan en las colecciones impresas, pero ofrecen gran número de variantes que, si á veces deben atribuirse al capricho de los poetas que refundían la antigua materia épica, en otros casos pueden proceder de un texto diverso ó de las vacilaciones que la tradición oral tiene siempre. En tal concepto creemos que sería útil suplemento á nuestros romanceros el que se formase entresacando los romances viejos y tradicionales que, más ó menos alterados, se encuentran en el texto de innumerables dramas nuestros. Las indicaciones que vamos á hacer servirán sólo para mostrar la riqueza de esta vena poco atendida hasta ahora por los colectores, pero no pretenden de ningún modo agotar la materia, que exigiría un libro especial para su completo desarrollo.

El primero que hizo resonar en la escena española la cadencia siempre grata de los romances viejos fué el